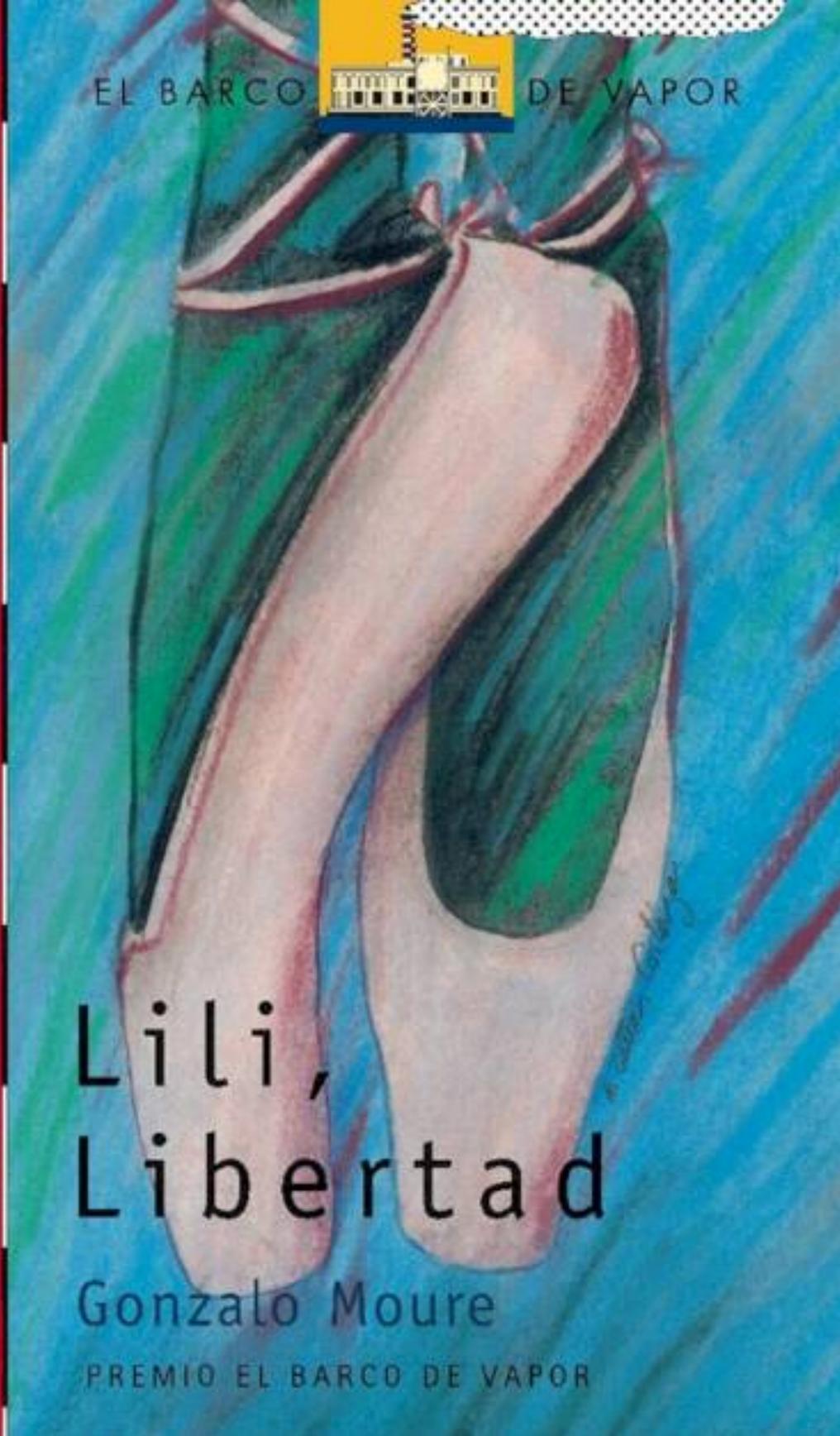


EL BARCO



DE VAPOR



Lili,
Libertad

Gonzalo Moure

PREMIO EL BARCO DE VAPOR

Lili (o, como prefiere que la llamen, Libertad) se ha trasladado a una nueva ciudad y a un colegio distinto; vive sola con su madre, con la que apenas habla. ¿Qué cambios traerá el carnaval a la vida de la niña?

1. Un día vi por la calle

algo que me dolió. Era una mujer que tiraba de la mano de un niño. El niño, que debía de ser su hijo, iba disfrazado de demonio y arrastraba el tridente por el suelo mientras lloraba ruidosamente.

No hay nada tan expresivo como la cara de un niño pequeño: la boca abierta en una mueca desesperada, los ojos apretados, la piel enrojecida por el esfuerzo... y qué gritos.

La madre me miró al cruzarse conmigo con auténtica angustia. Era evidente que el pobre niño estaba asustado de su propio disfraz y que su madre no sabía qué hacer. Yo le habría dicho muy a gusto que volviera a casa y le quitara el disfraz a su hijo. Seguro que otro día le apetecía disfrazarse de demonio, o tal vez no; pero lo que estaba claro es que seguir obligándole a ir al colegio con aquel disfraz era terrible para el pequeño.

No lo iba a pasar nada bien, y yo me lo podía imaginar perfectamente, en su clase, en un rincón, hipando y viendo que sus amigos se divertían con sus disfraces.

Pocos días después conocí a la directora de un colegio de pueblo. Yo había ido a su colegio para hablarles a los pequeños de leer y escribir, y estábamos charlando en su despacho de lo que les gusta y no les gusta a los niños. Entonces me acordé del niño disfrazado de demonio y se lo conté a la directora. Era una mujer joven y muy agrada-

ble, aunque algo tímida y reservada. Mientras le contaba la anécdota del niño, me miró de una forma tan extraña que me intrigó.

Cuando acabé, un poco confuso por su mirada, los dos nos quedamos en silencio.

—¿Va a comer aquí, en el pueblo? —me preguntó.

—Bueno, pensaba volver a casa cuanto antes —contesté.

Ella bajó los ojos, un poco contrariada. Me di cuenta tarde de que se trataba del principio de una invitación. Así que intenté salir del paso como pude.

—Pero es porque no conozco por aquí ningún sitio agradable para comer.

—¿No? Bueno, hay uno que...

—Bien, yo...

Parecíamos tontos. Me daba cuenta de que había algo que ella quería contarme, y no hay nada mejor que escuchar las historias de los demás. Es cuando una persona empieza a ser importante para mí, cuando deja que se le vea el interior. Al final ella logró invitarme, o tal vez fui yo el que me autoinvité al olfatear una buena historia.

Pasé al salón de actos del colegio, charlé durante una hora con los chavales y me despedí de ellos sin estar seguro de que apreciaran más lo de leer y escribir. Luego volví al despacho de la directora.

—Aquí estoy —le dije.

—¿Vamos, entonces?

—¡Vamos!

Me la habían presentado, pero no recordaba su nombre.

—¿Cómo debo llamarla? ¿Directora?

Se rió, mientras acababa de recoger algunas cosas de su mesa. Después de volverse, me dijo:

—Da igual, tengo nombre de directora.

—¿De verdad?

—Me llamo Francisca.

Iba a ser cortés. «Es un nombre precioso», o «Qué va, es nombre de artista». Pero preferí ser sincero:

–Pues es verdad. ¡Es nombre de directora!

Yo tenía entonces un dos caballos azul. Mientras ponía en marcha el viejo motor del coche, ella lo descapotó con habilidad y rapidez, dejando que el sol nos entibiara las cabezas. El dos caballos se balanceaba por una carretera pequeña y la brisa traía todos los olores del campo: los buenos y los malos.

Recuerdo que ella dijo –o gritó, porque con la capota quitada había que levantar la voz para entenderse– que en el campo no puedes preferir unos olores a otros. Tenía razón: aspirar embelesado el olor de la hierba y torcer la nariz ante el del estiércol es una hipocresía.

–Sin estiércol no hay cosecha –dijo ella.

Pensé en la frase hasta que llegamos al sitio en el que íbamos a comer. Sin estiércol no hay cosecha.

El sitio era único. Uno de esos lugares que uno no puede encontrar jamás sin conocer la zona: una casa normal, en la que nada, salvo algunas cajas de bebidas apiladas junto a la puerta, anunciaba su condición de restaurante. Era una pequeña casa de campo, con dos árboles delante y un gran bosque detrás. Salió a recibirnos la dueña y decidimos quedarnos a comer fuera, disfrutando del sol, a pesar de que no hacía mucho calor.

–¿Lo nota?

Francisca aspiraba el aire.

–Lo noto.

Todo estaba en el aire: el olor profundo del estiércol, pero también el aroma fresco de la hierba cortada, de la tierra húmeda.

Ella se quedó en silencio, con los ojos cerrados bajo el sol, y yo la estudié. El cargo de directora tal vez la abrumara un poco. Un colegio es una ciudad en la que los problemas de tráfico y aparcamiento, de basuras y alcantarillas, ocurren en las cabezas.

Ideas mal aparcadas, asignaturas embotelladas, malos humores atascados en las tuberías de los profesores...

Nos trajeron la comida sin apenas preguntarnos. Era una casa sencilla en la que daban de comer su propia comida, y ése era su atractivo. Allí se comía lo que se cultivaba. Verduras recogidas de la tierra una hora antes, huevos de gallinas con nombre, queso de leche de vaca vecina...

–Eso que ha contado... –dijo Francisca por fin.

–¿Eso?

–Lo del niño disfrazado que lloraba.

–Ah.

–Me ha recordado algo que también me contaron.

Me quedé en silencio. ¿Así dirigía su colegio?

¿Con aquella dulzura silenciosa? Me hubiera gustado ser su alumno. Perderme en mañanas somnolientas en los recovecos de sus explicaciones, oler los lápices y las gomas en sus dictados, mancharme de todos los colores para pintar su campo, sus casas de comidas escondidas en el bosque, sus gallinas con nombre y sus vacas vecinas.

–¿Por qué no me lo cuenta?

–¿No le aburriré?

–Siempre tengo esto –señalé el plato.

Ella contestó con una sonrisa. Bebió un poco y volvió la cabeza un instante hacia atrás. Casi todo el mundo suele hacerlo, sin darse cuenta, cuando habla del pasado.

–Es la historia de una niña, de modo que hay cosas de esta historia que sólo podría comprenderlas otro niño.

Estaba de acuerdo, y se lo dije:

–Vemos a los niños, lo que hacen, oímos lo que dicen, pero jamás podremos saber lo que piensa un niño. Si «viéramos» lo que piensa un niño, quedaríamos tan deslumbrados que en realidad no veríamos nada.

Me miró sin responder. Volvió a beber un pequeño sorbo y comenzó a hablar.

2. Era una niña que se llamaba Libertad

pero que podía haberse llamado Soledad. Sus ojos redondos y poco alegres, su flequillo negro y su melena lacia, su cuerpo tan delgado y pequeño como el de un colibrí, la expresión de su cara que parecía estar siempre preguntando algo triste, hubieran hecho que Soledad fuera un buen nombre para ella. Pero se llamaba Libertad y la llamaban Lili. Los que la llamaban de alguna forma, porque, además, Lili vivía sola con su madre en una ciudad que era nueva para las dos y en la que no conocían a casi nadie. Su madre había aceptado un trabajo en la ciudad menos de dos años antes, después de separarse del padre de Lili.

La ciudad le gustaba tan poco a Lili, que en su interior la llamaba Sopasosa. Ella venía de una ciudad costera, con olor a sal y a flores, y su nueva ciudad le parecía gris, ruidosa y llena de humo: Sopasosa. Habían alquilado un pequeño ático junto a la estación de autobuses y al entrar y salir del portal había que cruzarse con gente desconocida, desequilibrada por el peso de bolsas y maletas. A Lili aquella estación no le parecía la antesala de ningún viaje maravilloso, sino la antesala de Sopasosa.

Su madre no hablaba mucho con Lili. Su trabajo, en un instituto de Formación Profesional, le resultaba complicado y difícil, después de varios años de matrimonio en los

que había abandonado la profesión, y ahora tenía que recuperar el tiempo perdido leyendo gruesos libros y llenando libretas y cuadernos de notas.

Lili se tumbaba a jugar en la alfombra, cerca de ella, y de vez en cuando su madre le acariciaba la cabeza. Lili recibía aquellas caricias como auténticos acontecimientos. La mano de su madre era fresca y de dedos largos, con pequeñas venas azules en el dorso y dos anillos de oro como único adorno. La mano penetraba en su pelo como una ola en la arena y Lili dialogaba con sus dedos y sus uñas. Entendía lo que le decían cuando rascaban su piel, cuando se enredaban en las raíces de su pelo. A veces Lili lloraba en silencio, porque lo que le decían los dedos y las uñas era triste y melancólico. Otras veces sonreía, porque, por el contrario, lo que le decían era alegre y optimista.

Lili iba a un colegio nuevo en el que todavía no tenía amigos. El primer año había ido a otro grande y viejo, en el que la habían aceptado provisionalmente. Luego habían encontrado uno para ella. Era una casa cuadrada, de dos pisos, con un jardín de árboles presos.

Un jardín de árboles presos, pensaba Lili, porque algún día habían sido plantados en la tierra, y hasta puede que en la hierba, pero ahora habían echado cemento a su alrededor y los troncos luchaban contra él, sin mucha fuerza ya, agotados y un poco aburridos de vivir. Además, en otoño los habían podado antes de que cayeran las hojas, para evitar tener que barrer las hojas muertas, de manera que a los pobres árboles, y a los niños, les habían robado el otoño.

En su clase había dos niños que a Lili le gustaban especialmente. Uno era gitano. Se llamaba Héctor y tenía la piel más bonita que Lili había visto nunca: gruesa, tersa, morena y con una especie de luz interior. Héctor era muy alegre, tenía una pequeña cicatriz en el labio superior y una sonrisa preciosa. Estaba muy orgulloso de su raza y se sabía todas las canciones de un cantante que se llamaba

Camarón de la Isla. Héctor decía: «Yo estoy huérfano del Camarón».

Y Lili, como no captaba la sutileza de aquel «estoy» en lugar de «soy», creía que de verdad era hijo del cantante, y por eso le admiraba aún más. Algunos días Héctor llevaba una camiseta negra en la que se veía un retrato de Camarón. No se parecía a Héctor, pero en su expresión había caminos dulces y lunas llenas. Eso le parecía a Lili.

La otra niña que le gustaba era Pepa. Era gorda sin complejos, muy simpática y alegre, con ojos redondos y azules, y tenía el pelo muy rizado y rojo, como el sol poniente. Lili se sentaba detrás de ella y en sus rizos leía palabras. Era un fenómeno extraño que dependía del humor de Pepa. Primero Lili veía las letras, hasta que las letras se juntaban y se leían palabras. Lili, en su interior, la llamaba Pepalabras. Una vez el profesor había estado riñendo a Pepa: No sabes esto, no sabes aquello, no estudias nada, no haces más que comer y de estudiar nada, cómo no vas a estar gorda... Entonces Lili vio cómo iban apareciendo las letras en los rizos de Pepa hasta que leyó:

Tururú

Lili se rió y el profesor acabó castigándola a ella. Nadie más parecía ver las palabras en el pelo de Pepa.

En los recreos, Lili jugaba a la pelota con los demás o se sentaba en un banco debajo de un árbol preso, pero era demasiado tímida para dirigirse a Pepalabras, y mucho menos a Héctor, así que no hablaba con nadie.

Su madre se lo preguntaba.

—¿Qué tal en el cole? ¿Tienes amigos?

Lili le decía que sí. Imaginaba su amistad con Pepa y con Héctor y no le costaba mucho decirle a su madre que tenía dos amigos, dejándola tranquila. Una vez había estado a punto de contarle la verdad, pero no quiso añadirle más preocupaciones; bastante tenía con sus libros enormes y con aquella frase que repetía a menudo:

–El instituto es un mundo de lobos.

Lili pensaba en el instituto de su madre y se la imaginaba en un bosque con niebla, acechando los aullidos de los lobos en la oscuridad.

–Tenemos naranjas de postre –dijo una voz, interrumpiendo el relato de Francisca.

Era la dueña de la casa de comidas. No la habíamos oído llegar, porque Francisca contaba la historia de Lili con tanta intensidad que yo casi había olvidado dónde estaba.

–Son pequeñas y feas, pero son de nuestra huerta. Les aseguro que no las hay más dulces.

–Naranjas –dijimos los dos a la vez. Y nos reímos por la coincidencia.

–Filipinas para mañana –dije.

–¿Filipinas? –preguntó ella.

–Es un viejo juego de niños. Si coincides al decir lo mismo al mismo tiempo, se dice: Filipinas para mañana. Gana el que al día siguiente dice antes:

«Filipinas de ayer».

–¿Y si lo dicen los dos al mismo tiempo?

–¡Filipinas para mañana!

Rió. Me gustó su risa. Venía de lejos, de muy atrás. Cuando se apagó su última risa, partió un pequeño trozo de pan y se lo llevó a la boca. Luego siguió hablando.

3. La preparación del carnaval

de aquel año, en el colegio de Lili, fue muy intensa. Alguien, seguramente el director del centro, había decidido que era «una ocasión perfecta para que los niños pusieran en práctica su imaginación».

El maestro de la clase de Lili, don Mauricio, lo anunció sin mucho entusiasmo:

–El lunes tenéis que venir todos disfrazados. No era un mal profesor. Ni tampoco bueno. Digamos que hacía tiempo que había dejado de creer en su profesión, y que se limitaba a cumplir con su deber. Hubo un tiempo, muchos años atrás, en el que pensaba que enseñar a los niños era el oficio más maravilloso del mundo. Pero poco a poco su entusiasmo se había ido apagando.

No habían tenido la culpa todos sus alumnos, sino los imposibles, los resabiados, los insolentes o los, simplemente, complacidos en su ignorancia. Y muchos de sus padres: soberbios, ciegos, sordos, empeñados en que su hijo no era como decía el maestro que era, en que su hijo tenía razón, en que su hijo no decía nunca mentiras... Y la última llamita la habían apagado a soplidos, años atrás, los directores convencidos de que dirigir es mandar, los jefes de estudios incapaces de estudiar otras posibilidades, otras opiniones.

El maestro, don Mauricio, al que los niños llamaban secretamente don Maullido porque su voz era triste y monó-

tona, había dejado de luchar contra tantos golpes y se limitaba a aplicar el programa y la disciplina. «Programa y disciplina», decía en la sala de profesores. Y lo hacía cumplir en su clase. Así se convencía de que la culpa de sus fracasos era de otros, y él dormía tranquilo. Pero de vez en cuando en sus ojos cansados brillaba el maestro que había querido ser: innovador, abierto, capaz de ilusionar a los niños con el estudio, la vida y el futuro.

–Tenéis toda la semana para preparar el disfraz.

La noticia causó una verdadera conmoción en los pupitres. ¡Disfrazarse! Don Mauricio les explicó que en el disfraz está el ansia de libertad de las personas, de ser otro, y que disfrazarse es bueno para quitarse los complejos y los miedos.

–Tenéis una semana para pensar en lo que os gustaría ser, en lo que de verdad querríais ser en esta vida. Y para haceros el disfraz, claro. Podéis comprar el disfraz, pero también lo podéis hacer en casa, con ayuda de vuestros padres, o también os podéis juntar varios y formar un grupo... ¡Lo que queráis!

Sonaba bien. Sonaba maravillosamente divertido. Don Mauricio dejó de ser don Maullido, y todos acudían a él, durante el resto del día, a consultarle lo que podían y no podían hacer.

Todos menos Lili. Se había quedado paralizada por el terror. ¡Disfrazarse! Le asustaba la alegría que se había apoderado de sus compañeros, las risas y las bromas que se extendían como una ola, pero sin tocar ni uno de sus cabellos. Se había quedado inmóvil, en su pupitre, clavados los ojos en su libreta, y apenas pudo escribir: Disfraz.

¿Disfraz? Claro que a ella le hubiera gustado disfrazarse. De bailarina, por ejemplo. Muchas veces creía que su nombre, Libertad, era una llamada a la libertad del viento, y soñaba con ser una bailarina que un día imitaría el movimiento del viento encima de un escenario. Sola, en el escenario desnudo, vestida con unas mallas negras y el pelo

recogido en la nuca. Avanzaría debajo de los focos, sus manos serían las hojas del bosque acariciadas por la brisa, la música subiría de tono, vertiginosa, y ella sería llevada por el viento sin apenas esfuerzo. Lili, Libertad, volando por encima del escenario...

¡Disfrazarse de bailarina! Le gustaría compartir la idea con alguien, pero... Lili miró a su alrededor. Todos hablaban, excitados, de lo que iban a ponerse. Algunos grupos cuchicheaban entre sí, por lo que no era difícil suponer que se iban a disfrazar en grupo. Lili se quedó quieta. El pensamiento se le nubló. Como en una tormenta. Negras nubes llenas de truenos.

«Ojalá», se dijo, «ojalá no hubiera fiesta de disfraces».

Su madre la estaba esperando en la parada. No siempre estaba allí, sólo cuando coincidían sus horarios. Pero ese día la vio desde el autobús. Le hizo una seña a Lili con la mano, sonriendo. Lili bajó del autobús y anduvo hacia ella, sin correr. «Mamá», pensaba, «el lunes tenemos que disfrazarnos». Se disponía a decirlo, pero su madre la interrumpió:

–¿Todo bien?

–Sí.

Lili la vio inclinarse, sintió sus labios en la mejilla, y agarró su mano con fuerza, casi con violencia. Su mano. Era todo lo que necesitaba. «Mamá, me tengo que hacer un disfraz». Pero no dijo nada. Los niños, los demás niños que habían bajado del autobús, lo estaban diciendo por ella. Hablaban entre ellos o con quien les había recogido en la parada, y la palabra era disfraz: disfraz, disfrazarme, disfrazarnos, disfrazados, disfrazaremos...

Estaba inmóvil delante de su madre. Una espera de un segundo, pero de un segundo muy largo.

–¿Vamos?

Asintió con la cabeza. Miraba a su madre y esperaba que le preguntara: ¿De qué disfraces hablan? No era pe-

dir un milagro. Pero su madre caminaba tirando de ella.

—¿Has comido bien?

—Bien.

Se perdieron entre la gente, por las aceras. Ya nadie hablaba de disfraces.

En casa, las cosas no mejoraron.

—¿Tienes deberes?

Negó con la cabeza. No hablaban mucho, nunca.

«Mamá», pensó Lili, «pregúntame, háblame, ¡tócame!».

Era su último refugio. La mano de su madre, como una ola en la arena de su pelo; sus uñas, rascando la piel de la cabeza. Se lo diría a través de la piel. ¿Por qué no se atrevía a decirlo con su voz? «Qué tontería», pensaba. «Dilo, Lili, dilo». Pero seguían en silencio.

Su madre puso música.

—¿Quieres ver la tele?

—No.

No le gustaba la televisión. A veces miraba por la ventana y en la casa de enfrente solía ver a un niño que miraba la televisión todo el tiempo. Sentado en la alfombra, en el sofá, incluso de pie. Le parecía que el niño estaba allí siempre, y se imaginaba que tenía los ojos cuadrados, como pequeñas pantallas.

Al final se sentó con un libro debajo del sofá, muy cerca de su madre. «Mamá, tengo que hacerme un disfraz». Era tan fácil...

La mano de su madre llegó como siempre, tibia y fresca a la vez, con el ligero rastro del olor de su colonia. Uñas duras, dedos fríos, tan habladores. Ras, ras.

—¿Cenamos?

¿Cuánto rato habría pasado? Se había hecho completamente de noche y de la calle llegaba el murmullo de siempre, los autobuses entrando y saliendo de la estación, un bocinazo breve, el bufido de los frenos. Lili se levantó detrás de su madre y se asomó a la ventana. El murmullo

de siempre parecía decir: «Nos disfrazaremos, nos disfrazaremos, nos disfrazaremos».

No hablaron. Lili se refugió en su mundo y su madre apenas se dio cuenta de que algo pasaba en la mente de su hija. Pero la mayoría de estas situaciones se resuelven igual: «¿Te pasa algo?».

«Nada».

Los días de la semana pasaban como centellas y Lili asistía a su pequeño desastre paralizada. A su alrededor la preparación de la fiesta de carnaval alcanzaba el punto más alto y sus compañeros ya no parecían tener dudas sobre su disfraz, ni sobre lo bien que se lo iban a pasar el lunes. Lili seguía esperando que Héctor o Pepa se acercaran a ella y le preguntaran: «¿Y tú?». Tal vez eso la hiciera despertar. Estaba a tiempo, puesto que tenía todo el fin de semana por delante. «Un disfraz», pensaba Lili, «no es más que un pequeño detalle que te hace distinto por un día». Pero ella hubiera querido ser completamente distinta para siempre.

Tampoco durante el fin de semana se atrevió a decirle nada a su madre. Los sábados solían salir a dar un paseo, a visitar un pequeño mercado que se montaba en el parque, y en el que cada cual vendía lo que quería, o lo que podía. A Lili y a su madre les gustaba curiosear en aquellos modestos puestos, a veces nada más que una manta en el suelo, en los que la gente vendía las cosas más diversas. Unos vendían objetos hechos con sus manos: pulseras de cuero, collares, pendientes, adornos... Otros traían mercancía barata, de la de «todo a cien». Pero algunos pobres hombres se limitaban a ofrecer objetos de su casa: maquinillas de afeitar usadas, tebeos viejos, discos con las fundas rotas...

Su madre siempre les compraba algo:

—¿Te gusta eso?

«Eso» podía ser una pequeña muñeca india, un adorno para el pelo, un estuche de lápices viejo que aún olía a go-